



NIÑA CON VELA, 1966

NIÑA CON VELA
Cristina R. Court

NIÑA CON VELA

Cristina R. Court

Ella no lo sabe aún.
Ella, la dulce niña aún no malograda, no sabe desde su breve y brumosa inocencia que un día será defraudada, por todos los que se atascaron en su miseria.

Qué inmerecido y atroz infortunio, suplantarán tu vida, mujer, y esto no es nada excelso, lo estoy viendo, no creas...- querría haberle dicho, mientras se imponía Goya con *Saturno devorando a sus hijos*, entre mis ojos.

Pero no, no quisiera dejar atrás y sola a la que ya nunca podría ser dichosa. Porque en verdad ella, la que aún no lo sabe, podría también tener entre sus manos el misterio fascinante de una vida futura. Dotada de una clarividencia e indulgencia realmente sustanciosa

Situémosla pues, en un futuro, después de haber franqueado esta clase de desolación. Para que cultive entonces largamente su derecho a la indocilidad, esta *Niña con vela* apagará el leve artificio de su lumbre y contraerá la enfermedad de la pasión. Se adiestrará en el coraje y la gracia que otorga la pesadumbre y adivinará que el peligro es perder el instinto, la naturaleza íntima y caudalosa de la dicha.

Traslademos a la niña desde esta hora quieta del cuadro a la nostalgia de su sino, y posibilitemos que cumpla su secreto y pertinaz sueño: bailar. Nosotros asistiremos arrobados a este trance al que nos someterá la repentina e insoportable belleza.

Estaremos expectantes, algo indolentes y como si de un milagro se tratara, nuestra mirada focalizará inusitada esta rara y singular ofrenda. Se suspenderá el orden natural de las cosas y ya para siempre, se nos robará el corazón.

No les inoportunaré con algunos datos del linaje de los danzantes zingaros o africanos, ni recurriré a esa percusiva arquitectura de los ritmos caribeños. Y sin embargo, todo este involuntario repertorio criollo se concertará en la siguiente imagen:

ella se erige en cuerpo, cuerpo de baile trascendido. De pronto la suspensión, el silencio, el raptó, la subyugación, el arrobamiento.

Ella baila como si estuviera amando, amándose a sí misma en nosotros, dadora y recolectora de la enajenación que nos provoca.

Se nos podrá contemplar en primera fila, tan semejantes por una íntima catástrofe oblicua.

Ella danzará cada vez más entregada y arrebolada, para nosotros, para sí misma, litúrgica en su contención erótica, delicada y ondulante, ensimismada en su propio atavismo, los brazos abiertos y las puntas de los dedos como terminales de una energía pródiga y tenaz.

Se podrá asistir a esta inquietante celebración desde nuestros rostros y se vislumbrará en ellos como baila la hembra pagana.

Se diría que si hubiéramos cultivado la verdadera comunicación de las criaturas de espíritu, se nos habría revelado el enigma profano de los místicos.

Pero no será el caso. Insustanciales y un poco ausentes, retornaremos de nuevo a nuestra mediocre condición de autistas, custodios de una normalidad más acomodaticia y lacerante. Ciegos al don de esta extrañeza.

Acaso la niña tomará la temperatura a la derrota y percibirá con cruenta certeza esta esencial y descarnada aceptación: que ya está disponible para el más despojado diálogo, el que confronta la auténtica soledad.